

El último golpe

A Pablo Llonto

Esto es así nene, acá no hay tu tía, y las rodillas le temblaron, se torcieron y sintió que las piernas eran dos escarbadientes astillados. Tenía la cara en el pecho del pibe, el sudor y la sangre se le juntaban en los labios y el poco aire que le entraba por la boca debía sortear esa bola de saliva y mugre que necesitaba escupir junto al protector. Con el ojo sano trataba de enfocar algún punto del ring, una esquina, una mancha en la lona, el color de las cuerdas, pero sólo veía la piel del otro que se lo quería despegar de encima. Como a un leproso, pensaba, e intentaba dar unos pasos hacia atrás, pero se aferraba a la cintura de su contrincante y quería hacerle un nudo con los brazos para no caer.

El estadio se había convertido en un rugido insoportable, los aplausos le entraban en el cuerpo como latigazos y en ese momento se dio cuen-

ta que su cara ya se arrastraba por el pantalón azul y dorado de ese chiquito que durante ocho rounds bailó sus piernas con irreverencia. Un fenómeno, le dijeron unas semanas antes de la pelea. Roque va derecho a la corona y vos le tenés que dar una manito, y él, sentado en el vestuario del gimnasio, pensaba en qué me estoy metiendo, si yo no tengo ninguna necesidad, pero los elogios para Méndez lo cebaban y su propia historia se enroscaba en la mente y los mismos errores también, mientras el manager de Roque “La Flecha” Méndez le sobaba el lomo y preguntaba qué decís Chino, es para ablandarlo antes de la corona y vos te llevás una buena bolsa.

La fragilidad en sus piernas todavía aguantaba, pero hasta cuándo, y si me pudiera agarrar de la soga, y la carne morada y machucada se había estancado en el pantalón del pibe, que ya tendría los brazos en alto y estaría girando hacia las tribunas, aunque él no se diera cuenta porque su cabeza era una coctelera repleta de un líquido espeso, el dolor comenzaba a subirle desde los pies, se estancaba en la cintura y los riñones parecían reventar, y este pibito, imaginaba, ahora saludando a sus mujeres mientras los espectadores estallan en gritos y chiflidos, y el manager le sonrío a las ganancias de su pupilo.

Son ocho rounds, Chino, nada más, es casi una pelea de exhibición, para prepararlo, yo le hablé y le dije que nada de macanas, le expliqué quién eras vos, el pibe entendió, pero está desesperado, quiere boxear y falta más de un mes para el títu-

lo, y el Chino observaba el piso, la cabeza colgando entre las piernas, yo no estoy para esto, ahora les ayudo a entrenar, hace un año que no peleo, y sus ojos se detenían en ese hombre de camisa y saco sport que conocía desde hacía mucho tiempo y por eso le podía adivinar todas las mañas sufridas en carne propia. Pero la gente Chino, la gente te respeta, te quiere, si cada vez que subís al ring se vuelven locos, y el Chino acomodaba la espalda contra la pared del vestuario y se preguntaba en silencio quién es la gente, este tipo es la gente, y ahora el manager encendía un cigarrillo y el Chino estiraba los brazos para demostrar su desinterés, porque le costaba hablar, siempre fui medio corto para decir que no, dale Chino, vos no perdés nada y ganás algo de guita, aparte si perdés te retirás enfrentando al próximo campeón y si empatan terminás tu carrera en la gloria, decía el manager de “La Flecha” y lo palmeaba y repetía si habrás tumbado muñecos Chinito.

Se mezclaron los momentos, pero el pensamiento fue el mismo. Estaba abrazado a Méndez y suspiraba, sentado en el vestuario, las luces del estadio le quemaban el cuerpo y la humedad del gimnasio le hinchaba las rodillas, el zumbido de las voces que no distinguía y el murmullo del manager insistiendo. Una superposición de tiempo y espacio que lo confundía, pero su mente sólo retenía la imagen de su esposa y su nieta, ahora en las tribunas y semanas atrás en su casa, no te preocupés, no va a pasar nada, igual todavía tengo que hablar con el Viejo para ver qué le pare-

ce, vos sabés que él nunca pifia en los consejos, y el Chino caminaba hacia la habitación de su nieta, que hacés Solcito, venga con el abuelo y la nena corría a sus brazos y le besaba una mejilla y ese instante era el más feliz de la vida, entonces reaparecía su hija que subía a sus hombros y él decía pero qué grande que estás, mirá cómo tocás el techo y eran tan parecidas, el cabello castaño y ondulado, los ojos verdes y esa nariz de poroto que tenés le decía el Chino a su nieta que era todo lo que le quedaba de su hija. Pero ahora, en el medio del ring, suplicaba que sus piernas terminaran de doblarse y de boca a la lona, la cuenta y la señal del árbitro que indica no va más, knock out, y el Viejo ayudando a levantarlo, siempre a su lado, a vos te parece Chino, vos sabés lo que es Méndez, le llevás quince años y no creo que tenga mucha compasión, pero mire que me dijo que le había hablado, que era para sacarle las ganas nada más, si usted me dice que no es no, y vos qué pensás Chino, no sé, pero hay algo, le soy sincero, a ese pendejo lo tengo atravesado, no sé por qué, y el Chino caminaba en su historia, se reflejaba en “La Flecha”, volvía a los años donde tenía la última palabra y sus puños demolían, las noches en los cabarets rodeado de mujeres y champang, y eso no era el problema, recordaba, mientras el Viejo le ataba los guantes, ahí los que me jodieron fueron los que me tenían que cuidar.

En esa época el Viejo ya no lo acompañaba, habían discutido, la ceguera del Chino que se comía el mundo de un mordisco lo llevó a decirle

con usted no voy a ser nadie, y sus triunfos se diluían en la noche, la soledad comenzaba a perseguirlo y esos amigos que lo palmeaba y le regalaban ilusiones dejaban de llamarlo, las mujeres con las que compartía la cama lo ignoraban y su físico sentía las marcas de la inocencia y el ego. Por eso quería pelear con Méndez, era una forma de prevenirlo y acomodarle las ideas, hacía tiempo había tomado la decisión de trabajar con los más jóvenes y entonces volvió con el Viejo, que nunca le reprochó nada, le dijo esta es tu casa y si querés empezás mañana, y cuando este pensamiento se fundía con su esposa y su nieta, el Chino hacía pie en algún lugar, levantaba un poco la cabeza y se despegaba del pantalón de Méndez, le daba un último envión a sus piernas y vaya a saber por qué razón el pibe todavía no festejaba, ni era rodeado por su equipo, ni su entrenador le gritaba como en los primeros rounds tirá un áperca pibe, tirá un áperca, ni el Viejo, resignado, revoleaba la toalla para detener la masacre, y el Chino comenzaba a enfocar ese punto que tanto buscaba, una referencia concreta para saber que estaba vivo, y casi besando el ring lo encontraba, y el dolor en los riñones se había trasladado al pecho, le cerraba los pulmones y el aire se transformaba en un hilo ardiente que se filtraba por sus labios, entonces lo empujaba un poco, Méndez daba dos o tres pasos hacia atrás, y este pibe que todavía no festeja, y “La Flecha” miraba con desinterés a ese hombre encorvado sobre sus piernas mientras le gritaban desde la

esquina rematálo, rematálo, pero el Chino ya acomodaba sus huesos y desde abajo sacó un cross que paralizó el estadio y lo único que se escuchó fue el “crack” en la mandíbula de Méndez y esto es así nene, acá no hay tu tía, los tropiezos del candidato al título que retrocedía, y los ojos se iban apagando, la reacción de “La Flecha” fue mover los brazos para aferrarse a cualquier cosa y no caer, pero ya se iba de costado, y el número diez llegaba y el Chino de pie, con la cara rota y chorreando sangre, un ojo destrozado, lentamente encontraba las lágrimas del Viejo que estrujaba la toalla y buscaba en las tribunas a su esposa y a su nieta y así poder disfrutar de la sonrisa de su hija que ya no estaba.